

La ESFAS es pasado, presente y futuro



General de división Pablo Guillén García
Director de la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas

DESEO compartir con ustedes una experiencia que he tenido ocasión de disfrutar recientemente. Sospecho que no todos los que lean esto me van a creer, porque no tengo pruebas documentales, pero lo haré de todos modos.

He viajado al futuro. Verán, tengo un amigo que ha fabricado una máquina del tiempo y necesitaba un voluntario para probar su funcionamiento, ya que él no podía hacerlo consigo mismo (alguien tiene que darle al botón desde fuera...) Como me tengo por buen militar, y siendo la voluntariedad una de nuestras virtudes, me presté a ello, no sin antes hacerle prometer que no sería doloroso. Hombre —me dijo—, he de decirte que descomponer tu cuerpo para su teletransportación hasta nivel atómico no es inocuo, por lo que puede que tengas alguna molestia. Una vez hecho el viaje debo decir que, sin ser dolorosa, la teletransportación es bastante molesta, sobre todo cuando el proceso afecta a determinadas vísceras y especialmente a la dentadura.

El caso es que le solicité que, en ese futuro, atinara a llevarme hasta un país muy avanzado que estuviese en conflicto, con el deseo de entrevistarme con el más alto cargo militar que lo condujera, y conocer así de primera mano los avances en la gestión de los conflictos usando las nuevas tecnologías y procedimientos que están por venir.

Y así lo hizo. Me envió a un país donde su máximo comandante militar me recibió muy amablemente (seguramente porque había sido avisado previamente de que venía del pasado y pretendía deslumbrarme con los progresos del futuro en el ámbito militar).

Lo primero que me llamó la atención es que el general me recibiera en vaqueros, en su casa, y degustando una cerveza. Al advertir mi cara de sorpresa, me dijo que los nuevos sistemas de mando y control le permitían teletrabajar y además en un horario muy cómodo, y que pocas veces veía la necesidad de personarse en su cuartel general.

De hecho, confesó, no conozco a casi nadie allí, porque no es frecuente que coincidamos los altos mandos, habida cuenta de que las pocas coordinaciones relativas a la conducción se realizaban en el metaverso, a través de las nuevas tecnologías. Al preguntar por sus recursos de personal, me confesó desconocer la cifra, dado que además de ser escasos, también teletrabajaban. De hecho —me dijo— conducen las operaciones desde sus domicilios, en conexión con un superordenador cuántico, de capacidades de computación inverosímiles para vuestra limitada mente del siglo XXI, y que realiza mediante inteligencia artificial todos los procesos de forma automática.

¿Y qué hay del planeamiento?, pregunté. Era evidente que le sorprendió la pregunta porque trató de ganar tiempo simulando beber antes de responder. El planeamiento —me dijo finalmente— creo que lo realiza íntegramente la inteligencia artificial y los mandos no tenemos acceso a ese proceso.

Los valores militares humanizan algo tan indeseado, pero hoy inevitable, como son los conflictos armados



En ese momento, muy sorprendido por la evolución de las tecnologías, decidí descender a aspectos más concretos de la gestión de la crisis. Me interesé, por comenzar con algo fácil, por el proceso de *targeting*. Me informó que se realizaba mediante una aplicación preinstalada que gestionaba las armas más apropiadas, todas ellas autónomas, y que determinaba los objetivos a batir. Cuando le pregunté sobre la gestión de daños colaterales, confesó desconocer ese concepto, aunque le sonaba de viejos libros de épocas anteriores. De hecho, en lo referente al tratamiento de bajas enemigas, me dijo que el programa, por defecto, no vislumbra esa posibilidad, ya que el *software* no contemplaba la eventualidad de que quedaran enemigos con vida, lo que soslayaba ese inconveniente.

Me interesé en ese punto por la pervivencia de los valores que en el presente consideramos fundamentales en nuestra institución, como por ejemplo la lealtad, el honor, la abnegación... Ahí se mostró un poco molesto porque argumentaba que precisamente esos valores fueron la principal lacra para el desarrollo de las nuevas tecnologías, dado que ralentizaban innecesariamente la marcha de las operaciones, por lo que hubo que eliminarlos del programa.

Decidí regresar al presente, con cierta desazón por lo contemplado. Debo confesar que la vuelta fue algo más cómoda, dado que la tecnología del futuro está bastante más conseguida. No obstante, en el proceso de ida y vuelta he perdido dos piezas dentales y uno de mis riñones ya no funciona como antes, aunque lo doy por bien empleado.

Mentiría si dijera que no quedé deslumbrado por todos aquellos avances, pero lo achaco a que ya no soy tan joven y, por lo tanto, fácil de impresionar con todo lo que se refiere a la tecnología.

Sin embargo, me pareció tremendamente inquietante lo que vi. Siempre he pensado que los conflictos son el escenario obligado para aplicar los más rigurosos principios de humanidad y contención del daño, precisamente por el enorme potencial destructivo que desatan. No es lo mismo imponerse al adversario, que destruirlo innecesariamente.

Por ello, siempre me ha parecido ineludible que el proceso de planeamiento y conducción de las operaciones lo realicen siempre las personas, modulando de la forma más humana posible las consecuencias del poder militar.

Así que quise averiguar qué había llevado a la humanidad a ese cambio tan radical en la forma de afrontar los conflictos, no fuera que yo mismo, sin saberlo, formara parte en la evolución de ese despropósito con mis actos en el momento presente.

Con cierta angustia, y queriendo indagar si tras lo visto íbamos por el camino equivocado, me apliqué en la revisión de los principios que rigen la formación de nuestros futuros oficiales de Estado Mayor, como máximos responsables del asesoramiento; y de los cursos de actualización de los futuros generales, como máximos responsables de la decisión.

Tras un análisis detallado, para mi tranquilidad, pude comprobar que todavía regían los principios que siempre han prevalecido en la docencia en el ámbito militar. Valores que dignifican la profesión y que humanizan algo tan indeseado, pero hoy por hoy inevitable, como son los conflictos armados. Y por encima de todos ellos, que son muchos, el de respeto a la vida humana; porque siempre he sostenido

que en la vida deben regir dos principios básicos: libertad y respeto. Cualquier otro principio debe estar referido, diría que supeditado, a estos dos.

El respeto es la base de la convivencia sobre la que se desarrollan el resto de valores. Como se apunta en el Preámbulo de las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas, el respeto a la dignidad de la persona y a sus derechos son aspectos inviolables. Y ese respeto, aunque se traiga de cuna, debe ser potenciado como ineludible referencia en la formación de nuestro personal en la Escuela Superior de las Fuerzas Armadas, que es, y deberá seguir siendo, eso: una Escuela. Y hago hincapié en el concepto «escuela», porque defiendo que este término se aplica a aquel lugar donde se imparten enseñanzas específicas e instrucción en ámbitos muy determinados (escuela de arte, música, idiomas...), a la vez que se promueven referencias éticas.

Por tanto, a tal formación se le debe proporcionar un cemento imprescindible en el ámbito militar, compuesto por los valores que deben regir todas nuestras acciones. Hay que estar muy formado para no cruzar la línea roja entre una virtud y su riesgo asociado. Decimos SÍ a ser valiente, NO a ser un inconsciente. SÍ a ser leal, NO a ser servil. SÍ a ser flexible, NO a ser caótico...

Que la ESFAS es un referente en la calidad y diseño de sus diferentes cursos, en el ámbito académico, nadie lo duda. El reconocimiento internacional en el espacio de la docencia en estudios superiores militares que ha alcanzado este centro es incontestable. Más aún, el reconocimiento en el ámbito nacional de las universidades y otros espacios de formación e investigación está avalado por el hecho de que todas ellas compitan por entablar alguna asociación con el CESEDEN para proyectos docentes o investigadores. En los veinticinco años que este centro cumple impartiendo sus cursos, se ha hecho acreedor de una reputación que no ofrece dudas.

Pero hay otro aspecto, menos fácil de cuantificar por los resultados, aunque sea tan



importante como el anterior: la formación en valores. Es el más transversal de los aspectos formativos, pero a la vez, a juicio de quien esto escribe, el más necesario. Para ello debe ser indiscutible la ejemplaridad con que se conduzcan sus profesores, todos ellos con vidas plenas dedicadas a la milicia; la disciplina con que se impartan las diferentes materias, fruto de una planificación rigurosa; la abnegación de quien no le importe extender su horario docente, si es por necesidad de los alumnos; la iniciativa de los diferentes departamentos, buscando siempre lo último en métodos y contenidos; y, por supuesto, el constante empeño por estimular el liderazgo, el espíritu crítico y el razonamiento propio, cualidades indispensables en nuestros oficiales.

La formación presencial, como referencia docente, es absolutamente indispensable para que todas estas virtudes calen en los concurrentes a los diferentes cursos. La formación online es un excelente recurso que, bien dosificado, complementa la enseñanza. Como comienza a serlo el uso de la inteligencia artificial, herramienta que proporciona un enorme abanico de posibilidades, si se usa con criterio. Pero no tratemos de que sustituya algo tan humano e inherente a la profesión como es la intuición, la iniciativa o la creatividad. En una reciente reunión en el ámbito de las Escuelas Superiores europeas, alguien definió la inteligencia artificial como un recurso que devuelve resultados buenos y rápidos, pero poco brillantes y todavía lejos de los estándares de la creatividad humana.

Este año hemos concluido el XXV Curso de Estado Mayor (CEMFAS) y el mismo de Actualización de Conocimientos para Oficiales Generales (CADCOG). He tenido ocasión de tratar con los alumnos de ambos, y creo que tenemos oficiales y oficiales generales virtuosos para rato. Dios quiera que nadie se empeñe en cambiarlo convirtiendo esta profesión en algo deshumanizado.

Creo que voy a cursar una invitación de visita a la ESFAS a un CHOD del futuro. Quizá entienda que, en algunos aspectos, no están tan adelantados como presumen. Ya les contaré.

La inteligencia artificial no debe sustituir a la intuición, la iniciativa o la creatividad